

las represiones y liberar al deseo. «La enfermedad—escribe Groddeck—es uno de los instrumentos mediante el cual el hombre se ha elevado hasta su cumbre.» Se cuestiona aquí la cura, por lo que ésta supone de ordenación, de represión, de vuelta a lo real en un mundo irreal, represor y alienante y, por desgracia, tan real. Lo anormal no es moneda de cambio social, un valor cultural, es afirmador de nuevos valores, un legislador sin ley.

Fourier es el único que se atrevió a anunciar un nuevo mundo amoroso capaz de colmar de ridículo, como anuncia en la *Théorie de l'Unité universelle* los 400.000 tomos de filosofía que le precedieron. El gran visionario rompe una continuidad. Las actitudes civilizadoras se han impreso en el orden del deseo, y en o por ese deseo Fourier realiza la crítica a la civilización invirtiendo la filosofía de la historia. El trabajo aparece también como una actividad libidinal, pasional. La asfixia del deseo es el embrutecimiento del cuerpo. Hasta el presente, la sociedad sólo ha dejado desarrollar los instintos que son productivos. El capitalismo únicamente se ha ocupado de obtener los máximos beneficios. El marxismo, la máxima producción. Para Fourier la historia no se rige por la razón o por motivaciones económicas. Es el cuerpo el eje, el descubrimiento libidinal, a través del cual gira el comportamiento humano. La cultura es represión. Incluso la dialéctica implica una moral represiva y servil. En Fourier no es una utopía. Realiza su crítica en y por el deseo. Este es de por sí subversión, transgresión, en las formas actuales. También es válido para los marxistas y para el pensamiento revolucionario. El deseo reprimido, el actual, puede caer en perversión. Sólo si se deja desarrollarse libremente en una sociedad armónica puede ser natural, un principio rector. El hallazgo más válido de Fourier, como señala Subirats, es que «el deseo no se realiza como tal en el consumo de la cosa, sino en su misma producción». Ignora, por consiguiente, el valor de uso y el valor de cambio. Es algo productivo en sí, creador, el único capaz de ordenar un mundo auténtico y definitivamente nuevo. No es transgresor porque es el legislador único y universal.—AVELINO LUENGO VICENTE (*Gravina, 4, 4.º, puerta 8. MADRID*).

## NICOLAS ESTEVANEZ: UN REBELDE

En 1974 publicó Marcos Guimerá Peraza un tomo de *Cartas de Nicolás Estévez*<sup>1</sup>, interesantísimas para la historia de España y que al mismo tiempo nos proporcionaban un anticipo de la semblanza biográfica

<sup>1</sup> NICOLÁS ESTÉVEZ: *Cartas*. Edición, estudio y notas por Marcos Guimerá Peraza. Biblioteca de Autores Canarios. Aula de Cultura de Tenerife, 1974.

que ahora nos ofrece el mismo autor en el tomo titulado *Nicolás Estévanex o la rebeldía*<sup>2</sup>.

El personaje en cuestión, que parece de novela, ya fue objeto de observación novelesca por parte, nada menos, que de Galdós y de Pío Baroja. Galdós le saca en varios *Episodios Nacionales*, y sobre todo en *Amadeo I* y en *La Primera República*, donde incluso hace extracto de sus *Memorias*<sup>3</sup>, y Baroja en *Desde la última vuelta del camino* y anteriormente en *Juventud. Egotría*, pues le conoció en París en 1905.

Los acontecimientos trepidantes, apasionados, y vulgares otras veces, de la peripecia política española durante el agitado y convulsivo siglo XIX, se reflejan en la vida de este hombre, que bien puede calificarse de «hombre de acción», a la manera barojiana, al mismo tiempo que hombre de pluma, ya que nos dejó numerosos escritos, y el más valioso el de sus *Memorias*, documento inapreciable para historiadores y de suma rareza en la literatura autobiográfica española.

Don Nicolás Estévanex y Murphy nació el 17 de febrero de 1838 en Las Palmas y pasó su infancia en Santa Cruz de Tenerife. Ya desde muy niño su padre, don Francisco de Paula, militar progresista, republicano, le decía: «Tú veras la República en España», lo que hace que, apenas con diez años, el «parvulillo republicano» se entusiasme con la Revolución de 1848 que tiene lugar en Francia, y considere que 1848 es «el año más glorioso de este siglo».

Siguiendo la propia vocación y la del padre, se dedica a la carrera de las armas y estudia en el Colegio de Infantería de Toledo, sito en 1852 en el Hospital de la Santa Cruz. Confiesa que por entonces lee a sus autores predilectos: Volney, Paul de Kock y Larra, que influyeron en su modo de ser y de sentir. Muy pronto es destinado a distintas provincias españolas: Valladolid, Zaragoza, Asturias (Llanes), y más adelante a la campaña de Marruecos (1859-1860), reflejada en su librito *Episodios africanos*, publicado en Garnier. Asiste a la memorable batalla de Tetuán, en la que tomaron parte Prim, O'Donnell y Ros de Olano, y merece la Cruz de San Fernando y la Laureada.

Poco después entró Estévanex en contacto con los progresistas y en 1864 embarcó con su batallón de cazadores de Antequera para Puerto Rico. Y posteriormente pasa a intervenir a la isla de Santo Domingo, que proclama su independencia, cosa que le parece muy natural a Estévanex y así lo dice en sus *Memorias*.

La inquietud que ha presidido y presidirá toda la vida de Estévanex le lleva a pedir un permiso en aquella guerra sin combates, en aquel

<sup>2</sup> MARCOS GUILMERÁ PERAZA: *Nicolás Estévanex o la rebeldía*. Biblioteca de Autores Canarios. Aula de Cultura de Tenerife, 1979.

<sup>3</sup> NICOLÁS ESTÉVANEZ: *Mis Memorias*. Prólogo de José Luis Fernández Rúa. Editorial Tebas, Madrid, 1975.

estancamiento e inacción de la campaña de Santo Domingo, para ir a Haití, ver Nueva York y estudiar en el sur la guerra de Secesión. Llega a Estados Unidos seis días después que el general Lee, que mandaba el ejército confederado, se rinda, y después del asesinato de Lincoln.

El hombre inquieto y curioso que es Estévanez dice en sus *Memorias* que pidió la licencia «no para descansar de las faenas militares en el seno de la familia, sino para ir a estudiar la guerra, que era mi pasión... Me comisioné yo mismo para adquirir alguna instrucción».

Esta inquietud, unida a un estricto sentido del deber, a una conciencia irreprochable y a una violencia temperamental, dará lugar a diversos sucesos, que desde ahora van a presentar a Estévanez con una existencia agitada y peligrosa.

Para empezar, en Puerto Rico es procesado en el castillo del Morro por propinar una paliza a un sargento insolente.

Pasa luego al ejército de Cuba (1866-1868), en uno de los momentos más graves de la historia española. Al producirse, el 22 de junio de 1866, la sublevación de los sargentos del cuartel de San Gil, el general conde de Valmaseda ordena a los oficiales que firmen una exposición a la reina protestando contra el alzamiento y acusando a Prim y a los demás rufianes y traidores. Estévanez, fiel a su conciencia, se niega a firmar si no se cambia el texto. Se necesitaba valor para hacer esto en aquellos momentos.

A fines de 1867 publica el opúsculo *La milicia: tipos y costumbres militares*, y cuando en 1868 se proclama la República, *la Gloriosa*, solicita Estévanez el pase a la carrera civil y se pone a conspirar. El mismo dice: «Ya era agitador, ya era demagogo». En ese mismo año nace, a su juicio, el partido republicano federal, capitaneado por Pi y Margall, federal puro.

Vuelve otra vez Estévanez a Cuba y allí tiene lugar el hecho que marca definitivamente su vida. Sincero siempre, consecuente con sus ideas, da fin a su carrera militar. Ante el episodio del fusilamiento de ocho estudiantes, Estévanez, que es contrario a la sentencia, pierde la serenidad y repudia el hecho de forma violenta. Acto seguido sale de Cuba con permiso y pide la licencia absoluta. La antinomia entre el militar y la persona se ha producido y no por primera vez. Si antes en Madrid pasó al estado civil fue precisamente para no tener que combatir a los republicanos, sus correligionarios. Como soldado estaba obligado a cumplir frente a un alzamiento popular que era de sus propias ideas.

Muy atinadamente Marcos Guimerá comenta: «Este episodio, esencial en la vida de Nicolás Estévanez, le ha marcado para siempre con signos opuestos: para unos, como un mal oficial; para otros, como un héroe». En el Congreso, posteriormente, fue acusado por el general So-

cías de haber abandonado su puesto. En Cuba, en 1937, se le erigió una lápida en recuerdo a su acto, con una inscripción que dice así: «Nicolás Estévez (1838-1914). En esta acera del Louvre, el 27 de noviembre de 1871, siendo capitán del ejército español, dio ejemplo excepcional de dignidad, valor y civismo al protestar públicamente contra el fusilamiento de los ocho inocentes estudiantes cubanos inmolados aquel día por los voluntarios españoles de La Habana. Abandonó la isla, renunció a su carrera, se negó a reingresar en la milicia. Fue en tiempos de la Primera República española diputado y ministro de la Guerra, y jamás se arrepintió de aquella su nobilísima actitud, pues para él, antes que la patria, están la humanidad y la justicia...»

Años antes, el gran periodista Luis Morote, al elogiar las *Memorias*, de Estévez, en *El Pueblo*, de Valencia (1903), exalta este episodio de 1871: «Si hubieran existido en Cuba y en España muchos hombres como Estévez, no se hubiera perdido Cuba».

A partir de este episodio, Estévez ahorca el uniforme, aunque siga siendo militar por dentro. Y comienza su actividad conspiradora en España. El es uno de los más constantes en agitar la opinión, contribuyendo a preparar la insurrección republicana en toda la Península, incluso Portugal. Escribe hojas clandestinas y cartas cifradas, y publica artículos políticos en periódicos ultraradicales. Pero vencido el alzamiento federal en septiembre de 1869, Estévez es encarcelado en Salamanca durante once meses, de donde se escapa y vuelve a ser apresado.

El 4 de septiembre se proclama la República en Francia. En España entra Amadeo de Saboya. Estévez persiste en sus ideas de solidaridad universal, y escribe poesías como ésta:

*El que quiera ser libre, ése es mi hermano:  
el argelino, el parisién, el ruso,  
el indio y el cubano.*

Candidato republicano, es nombrado diputado en 1872. Cuando el 11 de febrero de 1873 se proclama la República, Estévez es gobernador civil de Madrid, y poco después ministro de la Guerra. De este hombre tan conflictivo dirá Castelar que es «el más radical de los ministros posibles».

Un año después, la caída de la República y la Restauración de Alfonso XII, hace que Estévez vaya hacia el exilio definitivo, que durará cuarenta años. Emigra a Portugal, de donde es expulsado dos años después por instigación del Gobierno español. Se dirige a Inglaterra y luego a París, donde vive como escritor y traductor de la Editorial Garnier, aunque prosiga su actividad política, cada vez más radical y revolucionaria, participando en las elecciones republicanas de París.

Es curioso que entre las traducciones de Estévanez se cuente *Los misterios de la luna*. (Biblioteca Selecta para Niños, 1881). Escribe el *Atlas Geográfico de América* (1885), y para ello viaja por toda América durante varios meses. Instalado en Montparnasse, jamás se aparta de la política española, francesa y americana, mientras va escribiendo obras de muy diversa índole.

Como escritor, Estévanez tiene un estilo de escribir desenfadado. Podría calificarse de barojiano, antes de Baroja, por la gracia de las salidas y la concisión y por su personalidad contundente. Veamos algunos ejemplos. Refiriéndose a Panamá dice: «Hoy no poseemos en aquella inmensidad ni una playa, ni una isla, ni un cangrejo, ni una lapa». En su *Diccionario Militar* afirma: «Lo primero que se necesita para guerrear es buena vista, buenas piernas, y en lugar del binomio de Newton, otro binomio».

Tanto sus cartas, como sus *Memorias*, como sus poesías, éstas del género festivo y epigramático, dan abundantes ejemplos de este estilo tan personal, en que la amenidad es una de las principales virtudes. A Estévanez no le resulta problemático el escribir ni adopta postura literaria alguna para expresarse. Escribe en directo, tal como habla (posiblemente acusa la influencia de sus leídos Alfonso Karr y Larra), por lo que su lenguaje se caracteriza por la viveza y la naturalidad expresiva.

A través de su estilo se ve al militar independiente, acostumbrado al dicho y hecho y a no dar su brazo a torcer en lo que se refiere a sus ideas, en medio de una sociedad conservadora e intransigente, dura a la penetración de las ideas liberales y republicanas. De un anticlericalismo feroz, la figura de Estévanez algunas veces adquiere tintes de caricatura muy del XIX, y su humor, atrabiliario, en apariencia, recuerda al del capitán Veneno, de Alarcón. Con todo, es cierto el juicio de Azcárate cuando en el Congreso en 1911 afirmó: «Un hombre como el señor Estévanez puede ser exagerado, apasionado, escribir a veces cosas un tanto raras o extrañas, pero ha sido y es un hombre honrado».

El lector de esta excelente biografía de Estévanez sigue con extraordinario interés las vicisitudes de esta vida agitadísima, y la descripción de las querellas en la España del XIX entre progresistas, federales y demócratas (todos republicanos), que son de una actualidad que asusta. Cien años después todo recuerda las querellas intestinas del actual partido socialista (PSOE), así como los asesinatos perpetrados por «las honradas turbas levíticas».

El lector unas veces se asombra y otras se ríe ante las cosas un tanto raras o extrañas. En el estilo familiar epistolar, Estévanez tiene el mismo desparpajo y gracia que don Juan Valera. Veamos esta carta a Maffiotte, en que se niega a ir a unos juegos florales: «No pienso ir por esas

tierras en abril ni antes, no sea que usted me convenza y me haga ir a los juegos florales. ¡No juegue! ... Pero como yo no he de saberlo, tendría que darle a la reina de la fiesta no la lengua de *oc*, sino la mía, que a una reina joven le sabría a mal tabaco. Esto no quiere decir que yo sea capaz de dársela ni de tomársela a una reina vieja» (12 agosto 1902).

La descripción que hace de su libro titulado *La sociedad*, en carta escrita el 10 de agosto de 1879 desde París a Gil Roldán, no es menos expresiva: «Por allá (América) me están haciendo dos libros, uno de ellos *La sociedad*, tipos civiles, escrito expresamente para que en lo sucesivo nadie me salude y para inhabilitarme en el porvenir, pues no quiero que otra vez me sacrifiquen, como la vez pasada. En sus páginas demuestro que en el mundo impera la canalla; que los comerciantes son ladrones; los abogados, pillos; los políticos, farsantes; los oradores, imbeciles; los ricos, brutos, y los pobres, indecentes. No te ofrezco un ejemplar porque los necesito todos para repartir entre mis enemigos, que son muchos».

A medida que pasa el tiempo, Estévanez va haciéndose más furibundo y aún más hombre de acción. No se conforma con la teoría. Partidario de la acción directa, entra en contacto con radicales parisienses y españoles en París y parece ser que interviene en conspiraciones y complots. En sus poesías esta actitud se manifiesta en composiciones acerbadas y terribles, como el magnífico soneto a Weyler, cuando don Valeriano fue nombrado capitán general de Cuba, en sustitución del general Martínez Campos. Lo reproducimos como documento digno de una antología:

*Mirada de reptil, cuerpo de enano,  
instinto de chacal, alma de cieno,  
hipócrita, cobarde, vil y obsceno  
como el más asqueroso cuadrumano.  
Azote un tiempo del país cubano,  
a todo noble sentimiento ajeno,  
hasta el mismo Satán convierte en bueno  
esa excrecencia del linaje humano.  
Ruinas, desolación, hambre y miseria  
las obras son que a ejecutar se atreve  
ese horrible montón de vil materia.  
¡Y a un monstruo tal, con intención aleve,  
el Gobierno de Cuba encarga Iberia  
al acabar el siglo diez y nueve!*

Don Nicolás Estévanez ya no se para en barras, y ante la imposibilidad de cambiar la sociedad de una manera pacífica, se inclina hacia el terrorismo anarquizante. De aquí que disculpe los asesinatos regios, como el de Humberto I de Italia, que fue asesinado por el socialista Gaetan